



Oleajes

DOLORES
Castro

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA

Oleajes



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luján
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

Oleajes

DOLORES CASTRO

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR



Oleajes

© Primera edición: Instituto Mexiquense de Cultura, 2003

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Dolores Castro Varela, autora del texto

© María Dolores Esperanza Peñaloza Castro, heredera universal de la autora

© Gloria Ignacia Vergara Mendoza, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-18-5

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-856-8

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/27/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Rocío Solís Cuevas
Cuidado de la edición: Silvia Palma Vallejo

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Nuestro esfuerzo está dirigido a formar nuevos públicos lectores, sin descuidar la publicación de libros *necesarios*, por varias razones. Primero, porque creemos importante cultivar el espíritu humano frente a los problemas que se agravan en el mundo y en nuestra sociedad, con el objetivo de contribuir a la creación de una comunidad solidaria, pacífica y más justa e igualitaria.

Igual convicción tenemos en el aporte cultural del libro, en sus frutos, que modifican el pensamiento de la sociedad, ya que éstos no siempre interpelan a la razón o a la inteligencia, también le hablan a nuestro deseo de paz y tranquilidad, a nuestros prejuicios y limitaciones, a nuestro egoísmo y credulidad, a nuestros ideales, sufrimientos y anhelos.

Si aceptamos que la lectura es una actitud ante el mundo y la vida, más que un talento que involucra caracteres, técnicas y géneros, celebremos la creación de esta colección, *Mujeres. Razón y Porvenir*, por representar un paso más hacia la igualdad de género y un justo espacio para valorar el arte, la creación literaria y el pensamiento de las mujeres mexicanas.

Llegará el día en que la reflexión, la imaginación y la palabra carezcan de género, y se valore sólo la calidad y trascendencia de los trabajos artísticos e intelectuales. Por el momento, consideramos necesario apoyar la difusión de las creaciones femeninas con esta colección editorial, afán al que se suma —en las portadas de los volúmenes— el talento de mujeres mexiquenses destacadas en las artes plásticas.

Felicito a las escritoras, al equipo editorial y al público lector, por hacer de esta colección una valiosa aportación al enriquecimiento del espíritu humano.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Desde 1901 hasta 2021, el Premio Nobel de Literatura ha sido entregado a 118 personas; de ellas, sólo 16 han sido mujeres. La gran diferencia nos muestra claramente que en el ámbito de la literatura, como en muchos otros de la vida humana, la participación de las mujeres debe ser promovida e impulsada.

Afortunadamente, esa situación ha comenzado a revertirse y hoy vemos cada vez a más de ellas en diversos cargos de responsabilidad pública, como las secretarías de Estado, los órganos de los poderes de la república y en la ciencia, la academia y la creación literaria.

Por lo anterior, y porque, como afirma la académica española Pilar Lozano Mijares, “la cultura es un instrumento decisivo para lograr la igualdad o, por el contrario, perpetuar la desigualdad entre mujeres y hombres”, los universitarios decidimos que la difusión cultural debe orientarse a fortalecer la identidad y la inclusión social, de tal modo que todas y todos los integrantes de la sociedad puedan gozar plenamente de sus derechos culturales mediante su participación en la producción, la distribución y el goce del patrimonio cultural.

En este contexto, resulta sumamente alentadora la iniciativa de coeditar, junto con la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, la colección editorial Mujeres. Razón y Porvenir, que incluye obras de los diversos géneros literarios y de ensayo filosófico.

Quisiera felicitar a los curadores de esta colección, tanto del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal como de la Secretaría de Difusión Cultural de la Uaemex, por haber logrado reunir esta maravillosa variedad de obras que ejemplifican claramente la elevada calidad de las escritoras y pensadoras nacidas en México, o bien, que desarrollaron parte relevante de su obra en nuestro país.

Sin duda alguna, esta colección editorial está llamada a ser un referente en materia de difusión de la literatura escrita por mujeres mexicanas. Y es, desde ahora, una invitación a cambiar el mundo desde la literatura y con la literatura. Sirvan estas palabras como una invitación a participar en esta aventura.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo

DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Prólogo

Dolores Castro Varela nació el 12 de abril de 1923, en Aguascalientes, y murió en Ciudad de México, el 30 de marzo de 2022. Poeta y narradora, Dolores ocupó un lugar decisivo en el impulso de la cultura y las letras mexicanas. Al igual que Enriqueta Ochoa y Raúl Renán, fue formadora incansable de nuevos poetas a través de los talleres literarios que impartió hasta sus últimos días.

Formó parte del Grupo de los Ocho, junto con Honorato Ignacio Magaloni (1898-1974), Efrén Hernández (1904-1958), Octavio Novaro (1910-1991), Roberto Cabral del Hoyo (1913-1999), Alejandro Avilés (1915-2005), Javier Peñaloza (1921-1977), y Rosario Castellanos (1925-1974). Dolores colaboró, igual que varios de ellos, en la revista *América*, y Alfonso Méndez Plancarte, director de *Ábside*, les publicó en 1955, *Ocho poetas mexicanos*.

Este grupo, a pesar de no ser considerado por la crítica literaria canónica del siglo xx, representa un filón no sólo para la literatura y la cultura en general. Se les tachó de “mochos” y con aspavientos se les excluyó del panorama literario, por el prejuicio de pensarlos cercanos a la tradición literaria de *Ábside*, aunque no fueran religiosos practicantes ni pertenecieran a las filas de Acción Católica. Pero el tiempo y las nuevas generaciones de lectores con mayor apertura hacen visible lo que no se puede borrar de un plumazo: su calidad poética, la preocupación de formar

nuevas generaciones y su gran calidad humana. Hay un calado poético que va más allá de su filiación política o de la democracia cristiana. Esto que escandalizó a los intelectuales que buscaban liberar a la literatura de todos tintes religiosos o políticos a mediados del siglo pasado, sirvió, a la vez, para delinear una formación sensible, crítica, equilibrada, sin grandes pretensiones de cambiar el mundo, pero con una convicción firme en su trabajo poético. Leyendo a los clásicos grecolatinos, a Dante, a los místicos españoles, apropiándose del Siglo de Oro español, acercándose al talante de Sor Juana, Dolores Castro y varios poetas del Grupo de los Ocho, con Efrén Hernández, en su calidad de maestro, y Alejandro Avilés, como un pilar fundamental, fincaron sus ideas poéticas en una visión integral del ser humano. El humanismo cristiano de Jacques Maritain (1882-1973) permeó muchas de sus ideas, pero también su sensibilidad para apropiarse de la naturaleza en la hechura metafórica.

La obra de Dolores Castro ha sido fundamental en el desarrollo literario de las mujeres en México. Al romper los estándares de la crítica canónica, como lo hicieron Nahui Olin, Concha Urquiza, Griselda Álvarez, Pita Amor, Amparo Dávila, Guadalupe Dueñas, Margarita Michelena, Margarita Paz Paredes, Rosario Castellanos y Enriqueta Ochoa, Dolores Castro es considerada una escritora fundacional en la nueva poesía mexicana iniciada en las primeras décadas del siglo xx. Estas mujeres, entre otras muchas que hace falta nombrar y estudiar, abrieron rutas posibles a las diversas voces femeninas de hoy. Dolores Castro impuso su lucha en la escritura, haciendo de los espacios comunes un ámbito para el surgimiento de la palabra

poética, pues como ella misma confesó, hay que “estar dispuestos a escribir, aunque sea frente al cambio de luz de los semáforos”.

Lolita asumió su rol de creadora con sencillez, pero la precisión y rigor en la hechura de sus versos configuran un profundo conocimiento de la vida, del ser humano y su destino. Es una poeta que canta a sabiendas del amoroso dolor de la vida. A través de su poética nos muestra la condición dolorosa como parte de la verticalidad del ser, de su búsqueda. Sabe que como creadora su destino es transformar el grito en canto; esa es su función primordial.

Dolores no se rinde, actúa; pues como diría César Vallejo, en su poema “Los nueve monstruos”, es muy grave sufrir; sin embargo, no podemos permanecer pasmados ante el dolor. Por ello, a pesar de la fragilidad, Dolores Castro proyecta la conciencia y la esperanza de vida. En su construcción metafórica crea matices filosóficos de lo sagrado, cuando privilegia la imagen del pájaro caído, roto. Porque sabe que, en su búsqueda, el hombre es como el viento: va sin rumbo, igual que un loco amoroso, dijera Jaime Sabines. En el espacio poético de Lolita hay siempre un vuelo como deseo irrefrenable de alcanzar a Dios, a la vez que surge la conciencia de las limitaciones a través del barro, el ala rota, la rama que cruje. Entonces la vida se convierte en un rito, al igual que ocurre en la poesía de la brasileña Adélia Prado.

Oleajes, el poemario publicado por Dolores Castro en 2003, que hoy entregamos en esta nueva edición, muestra la palabra contenida que habita el cuerpo como flama, la que huye ascendente pero que se sabe atrapada “entre pecho y espalda”. Así, Dolores define su arte en la caja resonante del cuerpo y marca

el recorrido de la voluta que se configura para salir y convertirse “entre garganta y boca/ [en] un silencio con ganas de hablar”.

En este texto de Lolita Castro la palabra es *oleaje*, igual que la memoria y las pasiones. Los oleajes se originan tanto en el cuerpo como en el universo, en la contemplación solitaria, como en las multitudes que señalan aspectos sociales del México posrevolucionario. La voz poética busca la franqueza del mundo, su conocimiento. Reclama que no se guarde en palabras lo que el corazón siente, lo que arde y reverbera y suena, pues ese mundo, el que se vive, rebasa las palabras.

En el entramado de la visión poética y filosófica, Dolores Castro aborda la noción del tiempo; ve cómo se mide con el suspiro, no con el instante. Éste, dice la voz lírica, es tiempo vacío; el suspiro, en cambio, encarna la pasión de vivir, el ardor, la sed, y todos los tiempos desde el instante hasta el siglo. El suspiro es búsqueda, aventura, es la mejor muestra de la fragilidad del ser efímero atado al hilo, al halo de la existencia. Así, el instante vivido brilla en la lágrima, en “el polvo de oro de nuestra alegría” y el tiempo se materializa en la sal y el polvo. Lolita toma de estos elementos su materia metafórica para redefinirse en la “sonora fronda”; en esa sinestesia se tornasola, se vuelve umbral de vida.

El tiempo es un suspiro de luz que aparece en el sueño y brilla. Se personifica con donaire y fuerza persuasiva; su largueza se reconoce en “el poder de sus garras”, como si se tratase de un felino que “por su acción de constreñirlo todo/ en un puño de arrugas o de arena”, definiera lo que toca. El tiempo no se toma a sorbos; se toma “con respeto, se toma siempre/ se toma en serio”. Porque no podemos evadirlo. Más bien, nos sumergimos en él.

En esta búsqueda temporal de *Oleajes*, la voz lírica casi toca su misterio, casi rompe la tela de lo que no logra comprender, pero al final se queda en el arrullo del tictac, del tiempo vacío, de eterno transcurrir. Porque el tiempo inmanente, lleno, del cuerpo-mar es sólo un intento de ser, de permanecer; un reto que alberga la memoria y el sueño: oleajes pausados, constantes, profundos.

La memoria nos pone frente a un pasado al que es un riesgo volver sin convertirse en estatua de sal. Aparecen los recuerdos de la abuela, la casa, la infancia, objetos que habitaron los ayeres como las mecedoras y las máquinas de coser. *Oleajes* simboliza el bullicio cotidiano, las costumbres olvidadas, el ayuno que serpentea en la cuaresma, los olores, los sabores. La memoria de la casa ilumina los pasos, los gritos, las risas. Oleajes de voces, oleajes del canto de los pájaros que “amanecen picoteando en el patio / migajas de luz”.

Así, la voz lírica dibuja la infancia cual arroyito lejano en donde los descubrimientos reptan, corren, vuelan y pían; hablan, cantan. Verbos que representan aves, serpientes, pero que a la vez demuestran el ejercicio contemplativo en el que es más importante el vuelo de la mosca o el charco como espejo del mundo que el imperativo “bullirse” en el contexto de la tradición materna: “¡Búllete, niña, acomédete, búllete./ No te quedes allí!”.

El sueño del cuerpo-mar se vuelve asimismo parte fundamental de la existencia. Y ésta, un laberinto en el que vamos con los ojos cerrados, sin saber si queremos salir o no. En el sueño, visto como el espacio íntimo, se despliegan los campos semánticos de la ilusión y la esperanza; se fincan como un milagro, como luz, como relámpago “en lo más hondo/ del sueño/ o la vigilia”.

Porque en *Oleajes* la esperanza es “azulada luz”, “repentina”, que se busca para abrir camino en la oscuridad: “si pudiera encontrar el resquicio/ o la rendija que desde mí se abra/ hacia las claridades”. En ese movimiento vertiginoso busca “la rendija de luz” o una piedra para sentarse a esperar. La luz entonces se pone al nivel de la esperanza. En el poema “Ataduras”, Dolores Castro hace una analogía de la vida que recomienza como los retoños que brotan en primavera. Igual debería ser la vida humana, avanzar, no quedarse en lo inasible, equilibrar el dolor de la espina, con un brote de esperanza como perfume.

La emoción, el sueño, la vigilia, la esperanza son oleajes del cuerpo; se convierten en contenedores del ser. El cuerpo, isla-mar, conjuga risas y sollozos en un mismo oleaje. Y los sentimientos son vistos a través de la metáfora marina cuando la poeta nombra la niebla que “baja y asciende con los sucesivos oleajes/ de [su] emoción”.

En este sentido, Lolita también representa el destino a partir del simbolismo del oleaje. El destino es un asomo, la ondulación que nos define: “un latido de agua/ un eslabón de agua,/ una ola, una estela,/ una raya en el agua”. El destino es tan incierto como el océano: sin límites visibles, eterno ir y venir, espuma, silencio, abismo.

Pero el mar, además del cuerpo, de lo íntimo, define al otro en el espacio exterior, el paisaje. En “Estampa de la Habana”, el mar carcome las viejas casas de las que se asoman hombres semi-desnudos, la oscuridad, el calor, así como el colorido de la ropa tendida al azar. El mar es la ciudad, la multitud; es la fatiga, la lucha por conseguir el sustento diario. Y la Habana “ciudad sueño de sueños/ y esperanzas azules,/ móviles, majestuosas como

el oleaje/ de cielo y mar”, en donde a pesar de todas las dificultades, el ritmo de la vida sigue, el baile, los juegos infantiles, los sueños. La Habana es personificada con el corazón de sol y sal, es una tierra bloqueada por su condición político-social y por su condición insular, bloqueada por agua.

Entreverados en las temáticas de la intimidad y el tono filosófico, asoman en *Oleajes* esos textos con temas sociales. En “Topos, luciérnagas” la poeta destaca la imagen de los mineros y su caminata nocturna. Estos hombres son a la vez topos, porque van en la oscuridad. Igual que luciérnagas alumbran, anuncian el alba. En esta tesitura, son proyectados como hombres anónimos, hambrientos, los huicholes. Su canto en el camino es parte de la huella que dejan al pasar; van en un lento amanecer, surgen del recuerdo cotidiano de la infancia.

En “Sucesiva ciudad”, el espacio de las aglomeraciones se transforma en una jaula para los que la habitan, apiñonados en las casas, en el transporte. Y el grito “avance, avance” es altavoz identitario de la Ciudad de México, la historia, la Conquista, la Llorona y el murmullo de la oralidad. La ciudad es una jaula en donde se encuentran las cuatrocientas voces: el ceniztle como un tiempo que se estira, desde el mundo prehispánico hasta el ahora, y se condensa como gota en el canto y en el llanto de quienes comparten, en un mismo espacio, ese mosaico cultural de nuestro país.

En este contexto, el simbolismo de los pájaros marca el miedo como sentimiento que emerge de lo social. El canto de los pájaros que se anidan es como un grito de miedo. Como si las aves buscaran el refugio que les asegure el amanecer. De igual forma,

los humanos somos seres con miedo; en el espacio colectivo nos volvemos presas, fieras, torpes de entraña y de pasión.

Las pasiones son representadas en la poética de Dolores Castro como guardianes que nos revelan no sólo la luz, sino la profundidad oscura de la conciencia. En la figura de Caín, la voz lírica nos enfrenta a la fiera que somos cuando nos dice: el que mata también vigila, también es guardián. Porque “la rabia, cuántos motivos tiene:/ cava sofismas, abre heridas,/ centellea”. El que mata no tiene consuelo, dice. Aquí vemos cómo la ira personificada mide su fuerza. Entra el oleaje en la construcción metafórica de la rabia, y dibuja un corazón que va de “rabia en rabia/ de ola en ola de cólera”. En el entramado de la pasión se confunden origen y fin, bien y mal, leche y sangre, como parte de la misma liquidez en la existencia. La proximidad de la vida con la muerte llega a su punto máximo, pues es notable la poca diferencia entre el hilillo de sangre de quien ha muerto y el hilillo de leche del recién nacido que se amamanta. La cólera vence a la paz, dice Dolores Castro, dobléga sus alas en la oveja perdida, en el Caín al que nadie responde.

Y ante este tiempo, destino tornasolado, aparece el simbolismo de la puerta que se abre para que pase el huracán, la puerta que deja salir o entrar. Por un lado, se abre como umbral al mundo, y, por otro, muestra el misterio que da temor. Es una luz incierta que a veces abrimos para ahuyentar los secretos o cerramos con resquemor. Pero siempre estamos frente o tras una puerta. Esperamos, dice Lolita, “mientras reverberan [como llamas] los secretos” de la vida.

Con *Oleajes*, Dolores Castro nos deja entrever las aristas sensibles de la existencia: el tiempo vivido, el destino, las pasiones.

Nos vuelve cómplices de la esperanza, mientras volvemos los ojos a sus versos y nos preguntamos desde la rendija de luz de la memoria: “¿Bullirse o reflejar el torrente del mundo?”, este es el dilema.

GLORIA VERGARA

OLEAJES

Poética

Rota la espalda
el entrecijo queda al descubierto
y una llama azul
plúmbea, ascendente
huye
de lo que funde
entre chisporrotazos.

Un sálvese quien pueda
toca los sueños
que apenas emplumados
se lanzan a volar.

Entre pecho y espalda
un nudo de palabras.
Sabor de vino fuerte
apenas degustado.

Hacia garganta y boca
un torrente de ganas
de volver a empezar
a resolver este rompecabezas.

Entre garganta y boca
un silencio con ganas de hablar.

No se me guarde

No se me guarde el mundo
en tres palabras
dentro de un cofre
tan oloroso
a encierro.

Cómo encerrar algo tan grande
rodador y violento
de ígneo corazón,
flotante,
mentiroso y verdadero
que reverbera
y suena
de tal modo.

No, no cabe en palabras,
ni en una vida,
ni en medio
de un discurrir sereno.

En un suspiro

Todo el ardor, la sed,
la quemadura
del instante, el momento, el año, el siglo.

Un probar, un libar y desbocarse
desde vertiginosa rueda
de fortuna.

Un no permanecer pero afianzados
en un hilo, en un halo,
en un suspiro.

Milagro

Abrió camino en medio
de la oscuridad
con su luz azulada de relámpago
que miro
con ojos no habituados a la luz,
y paró todo ruido,
todo borró.

Va brotando en el sueño,
en lo más hondo
del sueño
o la vigilia.

Relámpago
o filo de la luz en la hendidura,

azulada luz
esperanza
repentina.

Esta luz

Más allá de la frágil memoria
del instante o el día
brilla
la sal de nuestra lágrima,
el polvo de oro de nuestra alegría.

Por un instante
en medio de este sueño de instantes
bajo sonora fronda
 en luz y sombra
dividida:
este brillo, este umbral,
esta luz,
esta vida.

Sueño I

Me detuve a escuchar
el pausado y constante sonido
de un oleaje profundo
bajo mar y pleamar,

ajena hacia el ir y venir
de las olas que rompen
la delgada piel
de la vejez.

Más allá de la alta marea
cuando se eleva hacia la luna
o de la baja marea
que se aleja,
yo me soñé feliz,
de todo a todo plena:

dueña de nada.

Sueño II

Cuando la luz besa mis párpados
y abro los ojos,
siento que toda la dicha en su caudal me inunda
mientras luz
y dicha
enlazadas, permanecen palpitantes
sobre mi cama.

Así, como un gran árbol
me acogen en sus ramas.

Ellas florecen, yo
en ellas me sumerjo
como en sueño morado
de jacarandas.

Llega la luz y pasa, todo pasa:

Abro los párpados en su momento
y ellas se posan,
aletean
mientras furtivamente las detengo
entre pecho y espalda.

Ataduras

Si se atara en el cielo lo que ato
en la tierra, con nudo ciego
ataría
esta florida primavera.

El viento azul miente a las hojas
despeina árboles, les hace
murmurar, canta con ellos.

Porque no puede, el sol
no se detiene bajo el rosal
florido en cuerpo y alma
que a pinceladas hunde en el paisaje
aroma y colorido.

Ato con nudo ciego
al menos en palabras, para siempre
la primavera
aquí, la primavera.

Por florecer

Lluvia de primavera
pasos verdes en tallos,
brotes nuevos
se afianzan en el aire:

Por florecer
enloquece el paisaje:

¿Cómo quedarse aquí sin avanzar
un pie tras otro en nómada asidero
de lo inasible
y en la carrera audaz de la amnistía
de uno
consigo mismo?

Por cada espina un halo de perfume:
¿será posible?

Tómese

Tómese el tiempo,
se juzgue su donaire, su fuerza persuasiva,
su largueza:

el poder de sus garras,
su acción de constreñirlo todo
en un puño de arrugas o de arena.

Tómese el tiempo aquí:

¿Cómo se toma el tiempo,
a sorbos, a bocados, poco a poco?

¿Bajo cascada se toma en baño,
se toma en cuenta?

Con respeto, de pie, se toma siempre.

Se toma en serio.

Tormenta

Llueve generosamente
sobre ciruelapasa corazón
aislado
por lengua húmeda
que toda huella lame
hasta dejar sin eco
los latidos.

Llueve tan generosamente
que un capelo de blandura
envuelve todo
en lozanía.

Bajo el caudal
sería capaz
de hinchar su ajada piel en fruto
de agridulce sabor,
en carne viva.

Llueve hasta humedecer
más allá de la piel y la carne
la intacta semilla.

Baja la niebla

Qué silencio se oculta en un plumaje
tan blanco,
qué vuelo reposado sobre los árboles
o en medio de los árboles:
cuántos fantasmas presiden su vuelo.

Para siempre parece anidar
en los ojos
con blancura de ciego.

¡Y no!

Baja y asciende
con los sucesivos oleajes
de mi emoción,
sin que sepamos
dónde
ni cómo
ni hacia dónde,
la niebla y yo.

Ausencia

Arrinconada, la tristeza
desde asolados campos
clama desolación en ciudades
colmenas
o celdas divididas.

Animal sin rebaño, desvalido
aúlla en callejones
y en cada ser desde su atolondrada
entraña confundida,
llama.

Llama, llama y no
le abro,
llama y me
hago la sorda,
la distraída.

Permanecer

Oro en el agua los primeros
años
luego semillas, que del aire toman
ansia de recorrer
órbitas largas.

¿Cómo llegan a ser
fulminación
de pájaro en el aire,
gota de aire
desenamorada
antes de caer?

Entre los afilados
destellos
de minutos y horas, días y años
sobrevive tan sólo
una nostalgia,

un ferviente deseo
que el polvo de oro
aquel en el aire,
en el agua detenido

no nos permita
desaparecer.

Destino

Lejos, por la ventana
¿quién ha visto la cara del destino?
Vienen y van los días,
nada asoma.

La ondulación fue aire sobre agua,
de lo que hay no sabemos.

Un latido de agua,
un eslabón de agua,
una ola, una estela,
una raya en el agua.

Está cerca

Está cerca, lo tocara
si pudiera encontrar el resquicio
o la rendija que desde mí se abra
hacia las claridades.

Todo lo que aquí hierde: el olvido del otro,
las cerrazones y las tempestades,
las culpas, los adioses,
con una sola mano los apartara
para ver más allá.

Voy en el remolino de los días,
la basura se eleva y la distancia
crece. Y busco, trato de encontrar
la rendija de luz
o una piedra al menos
para sentarme, sólo para sentarme
a esperar.

Quién

Quién cosecha papelillos de oro
entre rayos de sombra y de luz,

en zigzaguo de rayo,
quién se detiene
o avanza sin llegar.

Quién puede atesorar,
quién atesoraría
polvo de sombra, oro de agua,
de qué manantial.

Y cómo si lo sé
estoy mirándote
sin que pueda
volverme de espaldas
o dejar de mirar.

Anclas

Para ganar espacio
ascienden
por las sin cuenta aristas
al fondo de las celdas.

Hay golpes contra muros,
aletear.

Y es cada celda más estrecha
prisión de vuelo.

Cielos

Aquí han pasado muchas golondrinas:

Entre unas y otras los cielos
se acumulan
sobre la espalda,
y los adioses pesan, además.

En esta isla
los mares y la luna:
cerca de los sollozos
el azúcar de la risa,
y la mar.

La mar que es sólo
una.

Fugas

Qué significa alejarse
si el movimiento arrastra con el tiempo vivido
y cada quien lleva su carga.

Escapar, escaparse
si se pudiera.

Cada quien con su tiempo bebido a sorbos,
su tiempo huracanado que algo arrastra
y algo incrusta para siempre en la memoria.

Identidad

Por desbarrancaderos
hacia el fondo de abismos
oscuros,
avalanzándonos sobre presas,
fieras somos
o más torpes que fieras.

Torpes de entraña y de pasión:
que en acción luminosa
no es posible ser fiera
y domador.

Apártate de él

Va en busca de pequeños escondrijos,
vasos de redención o mordeduras.

Inquieto, dando tumbos, corre
sin saber caminar
y desde lejanías descubre
presa única

que ha de mirar
a los ojos
como al sol, sin parpadeo,
mira
el águila real.

Pálpito

Esa hoja que se mueve en el viento,
gota que se hunde en el río.

Y el sube y baja
de gota a nube,
de nube a gota.

Y las gotas de sangre,
el gorgoteo,
el goterío

y el terco ritmo de corazones
en movimiento.

Nostalgias

Estas tres arraigadas pesadumbres
que han crecido, que crecen
como la hierba mala
entre las matas de maíz:

Si arranco de raíz lo que se ha ido
está brotando lo que ya no es
y me pesa que a todo lo perdido
se sume la nostalgia
de lo que hubiera
podido ser.

Padre y abuelo

Mariposa sin alas
o con alas del tamaño del cielo,
amigo y enemigo de los días:
abuelo,
padre viento:
déjame acariciar tu madriguera
con el envés del alma,
déjame en el olvido
de la tierra,
mécame en cambio,
elévame,
como en el sueño
cuando me lanzo
a volar.

Sólo mío

Océano

sin límites visibles:

desde el superficial ir y venir

coronado de espuma al espejear

hasta el intensísimo silencio

inmóvil

allá en el abismo:

Océano

horizontal y vertical, incierto, destino

sólo mío.

Tu muerte

Trueno sin luz,
noche en el día,
coz en medio del pecho
tu muerte
anterior a la mía.

Tus manos como escudo ante su rostro,
tus ojos abismados antes de abrir las alas

y tú sola con ella
ya fuera de ti misma.

Voy rumiando misterios,
trato de hallar consuelo
arrancada de ti,
tan lejos de tu compañía.

Fuera del tiempo tú,
rama tierna
de mi rama desprendida,
vas con rumbo a la luz
porque la conocías.

Casa muy habitada

Un pequeño jardín,
verdor
frente a la puerta:
comedor con rumores de batalla campal.
Sillas que duran poco,
paredes reblandecidas como pechos
que vibran en incendios
de amorosa lucha,
pisos de madera que sollozaron
ante la embestida de pasos decididos,
de pasos presurosos.

Techos, y a su cobijo
voces y sueños
no lejanos,
no perdidos en el tiempo,
comprimidos en rincones
y espejos,

fluyendo en las llaves del agua
y sin huir por el desagadero.

Casa habitada por la luz
aun en medio de la sombra,
casa tan habitada
que hoy su soledad
es compañía.

Palpitaciones y aleteos

Palpitaciones y aleteos
no bastan para iniciar el vuelo.

Cambian por grises
sus plumas rojas los petirrojos
aprisionados.

Rumor de alas no,
estremecimientos
y sed de espacio junto al cuenco
en donde brilla el agua.

Por qué el afán,
por qué un espacio fantasmal invita
al vuelo
sin alas.

Afán que ofrece
con el espacio
el tiempo
mientras borrando va el ahora,
y hasta luego.

PUERTAS

Puerta entreabierta

Siempre se teme ante una puerta abierta,
así conduzca a la felicidad.
Hoy, ávida de sol, hacia el jardín
entrebro la puerta.

Divido sombra y luz:
filtro temores
y me detengo en el umbral
mientras entre las piedras
veo que apresuradas, en implacable fila
avanzan las hormigas
ciegas,
encapotadas en su deber.

Yo siento un resquemor
y tras la última mirada hacia la luz
pulso la sombra mientras
cierro la puerta.

Puerta cerrada

Mandé que abrieran puertas
para ahuyentar secretos
porque muros de piedra los resumían
en poros, en suspiros,
en murmullos
de crepitantes leños.

Mandé cerrar las puertas:
los secretos
ocupan los rincones,
duermen bajo la almohada,
amanecen gorgoteando en el agua
de la bañera.

Tras la última puerta
espero
mientras distingo
voces, tonos, atmósferas
en donde los secretos
reverberan.

Abre la puerta

Abre la puerta
para que pase el huracán.

Sólo queda la niebla
o el recuerdo de la niebla.
El estruendo pasó y cada cosa
vuelve a su lugar.

El arrastrar del viento
no ha dejado más huella
que el sabor de la sal.
Todo vuelve a su curso,
avanza la noche.

La madrugada será puntual.

GUARDIANES

Monólogo de Caín

¿Soy acaso el guardián de mi hermano?

¿Soy acaso el guardián de mí?

¿Soy acaso el guardián?

¿Soy acaso?

¿Soy?

Caín

I

Ojos de serpe ante los cautivos
ojos del pájaro,
vigía.

Vigilante como si hubiera sido
el guardián de su hermano:

Así supo cómo
y dónde
matarlo.

II

La rabia, cuántos motivos tiene:
cava sofismas, abre
heridas,
centellea

y cada vez más honda
se inunda de razones
de minuciosa nada.

El poderío de la rabia gana terreno
mientras la caridad eleva
inútilmente
su bandera blanca.

III

Al centro de los pobres caseríos
los torpes, los cegatos, llegan jadeando
a cumplir su misión:
disparos en el templo,
hombres que caen sin defenderse
ensombreciendo la mañana.

¿Quién podrá alimentar
esta gargarería de sangre?
¿Quién consuela
al que tiene que matar?

Fue un mal sueño, no fue una cacería.

IV

Donde pudo empezar,
y cómo en un espacio donde había
luz y clemencia, la locura
tomó la casa,
hizo suya toda heredad.

Dónde podía parar
un corazón
de rabia en rabia
de ola en ola de cólera:

Se volvió agudo y de metal.

V

Como el suspiro cerca del silencio
así el sueño, tan cercano al morir.

Niño que duermes
con el último hilillo de sangre en los labios,
no más grueso
que el hilillo de leche
que hizo crecer tus huesos:

El afecto, el torrente,
aquí se vino abajo
con tu estatura
que el tiempo ya no pudo
aumentar.

VI

Lo llamo, me responde
el eco de una lluvia incesante,
lluvia que cala el hueso
sin despertar la lengua en las semillas.

Lo llamo, no responde
la flor de la vida.

Tiene la cólera fuegos de artificio

Tiene la cólera fuegos de artificio
que estallan en su furia y poderío.

Paz y paciencia sólo tienen alas
y se pliegan ante la pólvora encendida.

Inconcluso

Con su garra en mi cuello
y grito aún: ¡eso no debe ser!
Si la tierra es vecina del cuerpo
y reptar nuestra manera de permanecer,
sin voz por el ahogo que en mí
es impotencia, y en la garra poder,
con voz ahogada sigo gritando para mí:
¡no debe ser!

TORNASOL

Tornasol

En medio de las flores
destila sombras esta luz dormida.

Si sólo sombras veo
cúlpese al aire que mueve la llama,
a la noche que parece avanzar
o al tornasol de vuelo
que torna sombra lo que amanece
luz.

Y si no existe todo lo que veo,
lo que no veo no deja de existir.

Sí
esta luz en medio de las flores y la noche
que precipita el aleteo gozoso
del vuelo
y detiene las alas
del colibrí.

Medialuz

Esta mañana para abrir los ojos
ánimo me falta.

Hay un nudo sombrío
de muecas y dolor
tras la ventana.

Algo viste de sombra
todo lo que se mueve.

Algo desde el caído
y pisoteado se levanta
para agredir.

Algo crece de murmullo a rumor
y de rumor a grito:
la pesadilla.

Abro los ojos,
tras el cristal, en medio de la luz
bajan los colibríes al jardín.

Tornasombra

Bebedor de sombra
de sorbo a sorbo
al fondo del misterio
no picotea,
escudriña, dirige la mirada
hacia las superficies del musgo.

Tal parece que oculta verdades
inalcanzables para quien carece de vuelo
o de fulgor.

La oscuridad
pliega las alas
contra su cuerpo.

No le conmueve el canto de la vida.

No revela secretos de la muerte
y sólo muerte sabe anunciar.

HORIZONTES

Heroica

A Dolores Peñaloza

El mar saca bocados a las viejas casas del malecón:
muestras de antiguas glorias contrastan con hombres
semidesnudos por causa del calor
que asoman, desde oscuras habitaciones,
entre multicolores
ropas tendidas al azar.

Habana, el mar,
la mar de gente, cara a cara con el destino,
a ritmo de fatiga
y heroísmo cotidiano,
en la conquista
del pan nuestro,
cada día.

Ciudad sueño de sueños
y esperanzas azules,
móviles, majestuosas como el oleaje
de cielo y mar.
Voluntades palmeras, de tronco esbelto,
nutridas de raíces
profundas.

Calles de música,
gente ritmo de mar.

Viejos bailan, niños juegan,
sueños crecen a pesar de todo
y de todos.

Habana, corazón nutrido con sol
y sal.

Cuba, porción de tierra
por todas partes bloqueada.

Habana,
agonía de luz
contra la adversidad.

Sucesiva ciudad

Omblogo de la luna,
flor de pétalos que persisten y crecen
bajo el hormiguero,
pétalos heroicos en lo más violento
del tráfago
y unas entrañas de agua en donde ya nada alcanza a reflejarse.

Entrañas que soportan las sucesivas capas superpuestas
de nuestra vida.

Vida lanzada en silenciosas flechas
contra el estruendo de los arcabuces
y dos cañones en medio del camino.

¿A dónde huir y cómo?
Hambre y sed nos sitiaban entretanto,
además de las armas enemigas.

Avance, avance.

Yo, pluma fina, piedra preciosa:
en qué lugar vine a vivir.
Con la mirada baja por no ofender,

tropiezo y caigo, sufro agonías
y no encuentro
dónde poner el pie.

“¡Ay, mis hijos, mis hijitos,
a dónde los llevaré!”

Avance,

aborde la canoa o corra por la calzada de Tlacopan.

Avance, avance.

Cruce a pie, a caballo
la bulliciosa calle de Tacuba,
desemboque
en la Plaza Mayor,
que en ambos mundos
otra igual no se puede encontrar.

Trescientos años bajo la tutela de España
no borran
los antiguos testimonios labrados en tus piedras
al amparo de tu clima benigno.

Ni los imperios posteriores duran
bajo tu cielo.

Avance, avance.

¡Avance, suba a la carretela, llegue a la calle de Plateros
y hasta la catedral!

Cuando salí no había amanecido,
oí disparos, se vivía
la Decena Trágica

y habíamos bailado,
bailado vales sin fin, cancanes desbocados.

Luego el silencio tras el estruendo desmoronacasas
con su tufo de muerte.

¡Avance, avance!

Entraña de agua, ampáranos,
antigua flor de luna, rumorosa congregación que brilla con mil
ojos:
orienta nuestro incierto caminar.

Avance, avance.

En progresión geométrica crecimos,
el prójimo más próximo
acortó la distancia:
en la calle, en las plazas, nos estorbaba el otro,
lo suprimíamos.

¿Dónde habitar? Crecimos con la ciudad
a lo ancho, a lo alto, en pequeñísimos palomares
de paredes tan frágiles que no eran suficientes
para ahogar nuestros gritos.

Abordábamos transportes que soportaban en su plenitud
el colmo de su propia capacidad.

Entre gritos ahogados por la prisa,
el tiempo y el espacio comprimieron

dolores y alegrías hasta ahogarnos
en un vaso de agua.

La multitudinaria conciencia
pulverizada en los estadios,
a veces afloraba en protestas
y marchas.

Avance, avance.

Hacia la primavera en la ciudad
los colorines tiñen con rojas pinceladas sus ramas desnudas,
las jacarandas tienden alfombras moradas
a la súbita
atracción “de las parejas pares”.

Avance, avance.

Reina de la violencia, señora de las prisas,
sembradora de sueños sucesivos
de la vida,
del amor y la muerte
agolpados en brotes, estallidos
y carreras y heridas.

Avance, avance.

Tome su pulso,
escuche el ritmo de su corazón,
bajo la luna mírela,
la ciudad más grande del mundo,
la nuestra,
la mía.

RAÍCES EN ESTAMPAS

Agua en la piedra

Agua en la piedra,
agua
en poros sedientos:

Universo de perones traslúcidos,
escalofrío de membrillos ácidos,
descubrimientos
que reptan, corren, vuelan
al despertar de tacto y gusto,
y pían, hablan, cantan
sin sosiego.

Infancia, arroyito lejano,
subterránea transparencia
río caudal.

Memoria

En el desfiladero de lo cotidiano
es un gran riesgo volver la cabeza
hacia atrás.

Atrás la soledad en el infierno.

Atrás la parálisis,
la condición de estatua
de sal.

¿Y qué hacer para no volver la cabeza
y mirar?

El secreto está ahí

Es la casa, pero no encuentro
la puerta.

El zaguán, las macetas,
dos bancas para las visitas
que van de paso.

En el patio frágiles flores
y el jazmín florido
con su oscuro regazo de juegos.

El secreto está ahí:

lo revelan los pájaros
que revuelan en sus jaulas estrechas,
sin que nada sospechen mis hermanas
que alzan los brazos hacia las ramas altas
y abren los ojos sin alcanzar
los últimos rayos de sol
o la luna de azahares de los naranjos
en los fantasmas del anochecer.

Envuelta en el humo
de la cocina, junto al aroma
del membrillo que brinca en el cazo de cobre
y quema el recuerdo y aviva

el agridulce sabor de la vida,
mi abuela.

En el cuarto de estar, máquinas de coser
emprenden su carrera
y mecedoras mecen
viento de la mañana.

Ya no la encuentro y era sólida,
sólida y resistente: esta es la llave
pero ya no entra por la cerradura
o ya no es la misma
puerta.

Hermana

I

Compartía el mundo habitándolo con mi hermana mayor:
me conducía de la mano,
caminábamos por una vereda,
en paraje sin árboles
y bordeamos un arroyito
causa de toda admiración
para mí.

Ella, en alas de su primer amor
no avanzaba, fluía como el agua,
brillaba en el alba.

Como las piedras blancas
que recogí
tan quietas en el lecho
mientras huía el agua,
conservo
en los primeros rayos
del lechoso
clarear
de mi memoria
el mundo de mi hermana.

II

Mayor en edad y sabiduría,
ella tuvo el don de caer
en las peores trampas
de la vida.

Sus grandes ojos
se abrían cada vez más a la sorpresa,
inermes
ante abismos de azoro
sin poder abarcar lo profundo
del mal.

Sangrante de sus lastimaduras
tomaba su rutina
abrazándola con amorosa
piedad
y amasaba deberes con sonrisas.

Se fue, pero las ascuas
de sus ojos
desde la desconocida eternidad,
a los vivos indigentes
iluminan.

Reflejos

Bullir, palabra antigua como mi recuerdo.
Búllete, decía la madre de mi madre, mujer traslúcida
y bullente como el hervor del agua.

Esa palabra del español antiguo
parecía elevarse, fluir en el espacio
de la niña
que observa cómo vuelan las moscas
en vez de acomedirse
a servir.

El vuelo de las moscas,
el vuelo de las niñas, con espacio más amplio
pero sin alas, huye por los aromas,
intenta no caerse del nido
y elevarse
mientras escucha,

o se contempla
en el charquito que dejó la lluvia
en el patio.

¡Búllete, niña, acomédete, búllete.

No te quedes allí!

¿Bullirse, o reflejar el torrente del mundo?

Ayeres

La catedral en Viernes Santo,
humareda de ovejas apeñuscadas en su redil:

lágrimas y sudor
empapan
días secos.

Muchedumbre
en dolientes dividida:
y cada uno con su punzadura
de lanza en el costado.

Afrentas, agravios
multiplican
carne y alma.

En boca propia
sabor a hiel, y acíbar,
y cada una
de las Siete Palabras
en cada uno de los pechos
eterniza.

Especie extinguida

El ayuno en los días de cuaresma
serpenteaba
sobre la mesa de la cocina,
sobrevolando
descendía
hasta el sanguíneo betabel,
la lechuga
y los gajos de naranja fresquísima,
pequeña tentación
junto a los bacalaos apetitosos
y las tortitas de camarón, el revoltijo
o la dulcísima capirotada
finalista.

Las aves migratorias,
el ayuno,
los días de cuaresma
y sus inolvidables comidas,
en el ecosistema del cielo
ocuparán su espacio entre todas
las criaturas extinguidas.

Estrella de la casa

I

La casa de la estrella: zaguán y patio grande con naranjos,
una acacia, un jazmín cuyo perfume día y noche palpita:
cocina con sagrados alimentos
compartidos.

Buenos días tengan sus mercedes.

Buenos días les dé Dios.

La casa de la estrella se ilumina:

Hervidero de pasos menudos, gritos, risas,
canto de pájaros y balbuceo de viejos acogidos
al calor del hogar.

Buenos días a las antiguas señoritas
anhelantes mientras miran volar
pájaros enjaulados
y calman la sed
de macetas floridas.

Buenos días a los viejos más viejos
temerosos de herir con el ademán
o el gesto.

Buenos días agoreros
que amanecen picoteando en el patio
migajas de luz.
Buenas noches a vivos y muertos.

II

La dueña de la casa, por la traslúcida mañana,
inicia el día distribuyendo su bondad.

Pequeña y grande, al eco de sus pasos
va repartiendo a mares
sol o sombra,
sustento, compañía.

Cuando parece disminuir su luz,
a cielo abierto se sienta a rezar
Oficio Parvo y loores a María.

III

Por la tarde, junto a la ventana
devuelve recuerdos antiguos:
a las noches eternas del campo
y su silencio,
apenas interrumpido por el ladrar
de los perros:
como lo único vivo.

Mientras historias crecen o declinan, ella mira a lo lejos.

No ama la soledad la conoció:

Tras el ir y venir por haciendas y campos,
halla en su corazón
siembras de luz en tempestad,
arrastradores ríos.

No escapó al estampido de la Revolución, o al incendio
en el patio de su casa donde todo lo ardieron,
donde todo perdió
menos la fe, la esperanza.

Amor le brilla siempre en la mitad del pecho.
Bajo la oscuridad,
la dueña de la casa
cintila
en su cintilar.

Nocturna infancia

Engrandecía el mundo
con personajes sombra:

Alimañas
con aletazos
próximos a mi corazón en las tinieblas:

Corazón isla de miedo
bajo catarata
de
escalofrío.

Qué oración invocar
cuando lo desconocido
asoma por cada tragaluz
del infinito.

Topos, luciérnagas

Escucho los pasos,
el ritmo de sus botas sobre las gastadas
losas de cantera,

olía
la estela que iba dejando
el tufo de consumidas
lámparas de carburo,

oía
su tos, sus toses,

su ola de murmullos
en cotidiano
perseguir la carrera
de un relámpago
bajo entrañas oscuras.

No el canto del gallo,
la caminata de los mineros
rompe la noche
desencadenando
la luz del alba.

Huicholes

I

Ellos de pie en el polvo del camino,
ávidos de distancias
en nómada y sagrada travesía.

Y polvo de otro polvo,
se les ve
transitar como caídos
de otros mundos:
balbuciendo palabras extrañas
mientras pasa
su noche por los párpados,
su día por los ojos.

En esta tierra de cristianos
es piedra de tropiezo
tolerar a estos prójimos tan próximos,
a estos extraños hombres
tan ricos en sueños y cantos
pero tan sucios,
pero tan pobres.

II

Los grandes cantadores
recogen el canto del monte
barrido por el viento
que su carne conoce.

Con la cadencia de las quejas del invierno
brota el canto,
luego empieza a moverse:
salta liebre,
vuela pájaro negro
en el intenso azul,
asoma ardilla en agujero,
corre, trepa mezquites,
se eleva en llamarada,
goza alturas y desbarrancaderos
entre nubes e islotes de bruma.

Canto vaivén
de noche larga
y lento amanecer
en el ojo de Dios.

Sobrevuelo

Atardece, y los pájaros
sobrevuelan:
es la plaza un estruendo
de alas:
les ronda el sueño
y se defienden con algo que no es canto,
se parece más
a un grito
de miedo.

Hacia el anochecer,
en bandadas
bajan:
buscan refugio en el instinto del vecino
para encontrar el rumbo
del sueño.

Por una y otra vez rondan el hueco,
la rama que sostenga la sombra de la noche
y asegure el incierto
despertar.

Duerme

Entre el ramaje de los años hunde la niebla su girón
y el sueño ancla
en cuerpo a punto de encallar.
Tiempo atrás, a golpes de martillo
la voluntad abandonó su punta erguida
a los vientos.

Las palabras se pierden
flotando en pausas, épocas,
o diálogos de ausentes
en órbitas lejanas.

Pero el sueño recubre
asperezas:
bocas sonrientes sustituyen gestos
de dureza o desdén
mientras avanza y flota la niebla protectora
del alma.

Los párpados custodian:
adentro de los párpados una frontera abre
rendija luminosa
del espacio secreto.

Tictac

Esa tela
que si la toco entre mis dedos flota
y al romperse podría revelarme
algo de lo que no alcanzo
a comprender.
Palpable e invisible
permanece,
inconmovible ante el estruendo,
flexible y frágil me separa
de la música entrañable
y me sume en el torpe sopor
que sólo filtra
el tictac del reloj.

Laberinto

Encontré la vereda, el atajo, la brecha,
el camino más corto para caminar.

Me lancé por el plano
y después por la cuesta, hacia abajo,
con pisada suave,
como en sueños,
con cautela de gato
y ojos abiertos a la oscuridad.

Palpé, toqué, dejé
no sé cómo
pasajes desiertos, arboladas regiones,
hábitos y costumbres
de permanecer.

Mucho ha llovido desde entonces.

El invisible hilo
que había de sacarme de este laberinto
llevo en la mano,
pero aquí entre relámpagos y truenos,

encandilada,
sigo el perfume del hueledenoché,
de la madre selva,
el lejano aroma del jazmín,
y ya no sé si querer o no querer
salir.

Índice

Prólogo 11

OLEAJES

Poética 23

No se me guarde 25

En un suspiro 26

Milagro 27

Esta luz 28

Sueño I 29

Sueño II 30

Ataduras 31

Por florecer 32

Tómese 33

Tormenta 34

Baja la niebla 35

Ausencia 36

Permanecer 37

Destino 39

Está cerca 40

Quién 41

Anclas 42

Cielos 43

Fugas 44

Identidad 45

Apártate de él	46
Pálpito	47
Nostalgias	48
Padre y abuelo	49
Sólo mío	50
Tu muerte	51
Casa muy habitada	52
Palpitaciones y aleteos	54

PUERTAS

Puerta entreabierta	57
Puerta cerrada	58
Abre la puerta	59

GUARDIANES

Monólogo de Caín	63
Caín	64
Tiene la cólera fuegos de artificio	70
Inconcluso	71

TORNASOL

Tornasol	75
Medialuz	76
Tornasombra	77

HORIZONTES

Postal de Andalucía	81
Heroica	82
Sucesiva ciudad	84

RAÍCES EN ESTAMPAS

Agua en la piedra	91
Memoria	92
El secreto está ahí	93
Hermana	95
Reflejos	97
Ayeres	99
Especie extinguida	100
Estrella de la casa	101
Nocturna infancia	106
Topos, luciérnagas	107
Huicholes	108
Sobrevuelo	110
Duerme	111
Tictac	112
Laberinto	113



Oleajes, de Dolores Castro, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México.

Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diseño y formación: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Silvia Palma Vallejo. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

El poemario *Oleajes* fue publicado hace dos décadas por el Instituto Mexiquense de Cultura. La presente edición, como parte de la colección *Mujeres. Razón y Porvenir*, es un homenaje a su creadora, Dolores Castro, un ser humano extraordinario y poeta de fecunda trayectoria. En *Oleajes* su escritura es recta, por directa y honesta, sin ambages; además sencilla, pero no menos honda, que piensa desde el corazón y ciñe lo imaginado en palabras, como contemplación de la vida en cada instante, relámpago que ilumina la soledad, tiempo vuelto arrugas, muerte desenamorada. El protagonista de *Oleajes* es el lector, el hombre moderno que no tiene tiempo para nada, pero que, frente a esta noble y maravillosa poesía, podrá liberarse de utilitarismos.